

PARTE I.

Estraviada
piedad de la
reina.

No se puede negar que en aquella época España escedía á la mayor parte de las naciones de la cristiandad en entusiasmo religioso, ó hablando mas propiamente, en supersticion. Sin duda debe esto atribuirse á las prolongadas guerras con los musulmanes y á su reciente y glorioso fin, que llenó de alegría todos los corazones y los dispuso á llevar á cabo los triunfos de la Cruz, purgando el país de una herejía que, por mas extraño que parezca, detestaban casi tanto como la de Mahoma. Ambos reyes estaban tambien muy poseidos de estos sentimientos. Y por lo que hace á Isabel, es preciso tener siempre presente, como ya se ha advertido muchas veces en el discurso de esta historia, que se la habia acostumbrado á someter su juicio, en materias de esta especie, á los directores espirituales, que se creian entonces sus mas fieles depositarios y los únicos casuistas capaces de señalar con toda seguridad la dudosa línea del deber. La piedad de Isabel, y su esmerada solicitud en cumplir sus obligaciones á costa de cualesquiera sacrificios personales, contribuyó en gran manera al efecto de las máximas en que se la habia educado; y por este medio sus mas altas virtudes fueron causa de sus errores. Desgraciadamente vivió en una época y situacion en que tales errores iban acompañados de las mas graves consecuencias²². Pero dejando tan triste asunto, volvamos la vista á otra página mas brillante de su historia.

"que los padecimientos de los judíos, en que se deleitaba la gloria de la divina justicia, eran tales que nos llenaban á los cristianos de compasion." El historiador genovés Senarega confiesa á la verdad que la medida parece que era *un tanto cruel*. Res hæc primo conspectu laudabilis visa est, quia decus nostræ religionis respiceret, sed aliquantulum in se crudelitatis continere, si eos non belluas, sed homines à Deo creatos, consideravimus." De Rebus Genuensibus, apud Muratori, Rerum Italic. Scrip., t. xxiv.—Illescas, Hist. Pontif., apud Pá-

ramo, De Origine, Inquisitionis, p. 167.

²² Llorente concluye su noticia de la espulsion dando á los principales personajes que intervinieron en el asunto los siguientes motivos: "Aquella medida, dice, puede atribuirse al fanatismo de Torquemada, á la avaricia y supersticion de Fernando, á las falsas ideas y celo indiscreto que habian imbuido á Isabel, á quien la historia no puede rehusar el elogio de haber estado dotada de una condicion muy benigna y de un espíritu ilustrado." Hist. de l'Inquisition, t. 1, chap. 7, sec. 10.

CAPÍTULO XVIII.

ATENTADO CONTRA LA VIDA DE D. FERNANDO.—VUELTA
Y SEGUNDO VIAJE DE COLON.

1492—1493.

Intentan asesinar á D. Fernando.—Consternacion y lealtad del pueblo.—Vuelta de Colon.—Su ida á Barcelona.—Su entrevista con los reyes.—Sensacion que produjo el descubrimiento.—Leyes sobre comercio.—Conversion de los naturales.—Famosas bulas de Alejandro VI.—Celos de Portugal.—Segundo viaje de Colon.—Tratado de Tordesillas.



fines de Mayo de 1492 los reyes de España se ausentaron de Granada, despues de haber pasado alternativamente en aquella ciudad y en Santa Fe el tiempo que medió desde la rendicion de la capital de los moros. Durante los dos meses siguientes se ocuparon en los negocios de Castilla.

En Agosto fueron á Aragon con propósito de fijar allí su residencia en el invierno para proveer á las necesidades del gobierno interior de aquel reino, y concluir las negociaciones pendientes con Francia sobre la restitucion definitiva del Rosellon y de la Cerdaña, provincias empeñadas á aquella corona por el padre de Fernando, D. Juan II, y que desde semejante acto habian sido continuo y copioso origen de intrigas diplomáticas, que mas de una vez estuvieron á punto de producir formales rompimientos.

A 8 de Agosto, Fernando é Isabel llegaron á Aragon, acompañados del príncipe D. Juan, de las infantas y de una brillante comitiva de

CAP. XVIII.

Los reyes pasan á Aragon.

PARTE I. nobles castellanos. En su tránsito por el país fueron recibidos en todas partes con el mas vivo entusiasmo. Toda la nacion se entregaba al júbilo y alegría á la llegada de los ilustres reyes, cuya heroica constancia habia libertado á España del detestado imperio sarraceno. Despues de consagrar algunos meses á la política interior del reino, la corte trasladó su residencia á Cataluña, á cuya capital llegó hácia mediados de Octubre. Mientras estuvo detenida en aquella ciudad, Fernando se vió espuesto á terminar desgraciada y prematuramente su carrera ¹.

Atentado contra la vida del rey.

Era costumbre antigua y laudable de Cataluña, aunque desusada hacia mucho tiempo, que el monarca presidiera los tribunales de justicia una vez á la semana por lo menos, para determinar los pleitos, en especial los de los pobres que no podian pagar los gastos de largos procesos. El rey Fernando, conformándose con aquella costumbre, tuvo tribunal en la casa de la diputacion, el dia 7 de Diciembre, víspera de la Concepcion de Nuestra Señora. A medio dia, cuando se preparaba á marcharse, concluidos los negocios, iba despacio detras de su acompañamiento hablando con algunos oficiales de la corte; y al salir la comitiva de una capilla inmediata al real salon, y justamente al bajar el rey un tramo de la escalera, salió un asesino de un rincon en donde estaba oculto desde por la mañana, y dió al rey una terrible puñalada ó navajada por la espalda. Afortunadamente la punta del puñal dió en una cadena ó collar de oro que el rey solia llevar; pero le causó sin embargo una herida profunda. Fernando exclamó al momento: "Virgen María, amparadme: ¡traicion, traicion!" y sus acompañantes se arrojaron contra el asesino, causándole tres heridas con las dagas, y le hubieran dejado en el sitio, si el rey con su acostumbrada presencia de ánimo no les hubiese mandado que no le mataran, sino que le prendieran para poder averiguar los verdaderos autores de la conspiracion. Así se hizo, y á Fernando le llevaron para curarle á su aposento del real palacio ².

La noticia de aquella desgracia cundió en el instante por toda la

¹ Zurita, Anales, t. v, fol. 13.—Oviedo Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 28.

² Zurita, Anales, t. v, fol. 15.—Bernaldez. Reyes Católicos, MS., cap. 116.

—Garibay, Compendio, t. II, pp. 678, 679.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, fol. 315.—Carvajal, Anales, MS., año 1492.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1. quincuagena 4, diál. 9.

ciudad, y todos se llenaron de consternacion por tan infame hecho, que al parecer era una mancha en el honor y lealtad de los catalanes. Los unos sospecharon que podia ser obra de algun moro vengativo y otros de algun cortesano descontento. La reina, que cayó desmayada al recibir la noticia del suceso, creyó que podia provenir de la enemistad antigua de los catalanes, que se habian manifestado muy contrarios á su marido en sus primeros años, y dió órdenes al punto para que las galeras que habia en el puerto estuviesen prontas á recibir á sus hijos, temiendo que la conspiracion podia tener por objeto alcanzar otras víctimas ³.

CAP. XVIII.

Consternacion general.

Entre tanto el pueblo se reunió en gran número alrededor del palacio donde el rey se hallaba. Hacia mucho tiempo que su áversion y enemiga se habia estinguido, convirtiéndose en la más cordial lealtad á un gobierno que habia respetado constantemente las libertades de sus súbditos, y cuyo mando paternal proporcionaba á Barcelona los mismos beneficios que al resto de la monarquía. Las gentes se agolparon en torno del edificio, gritando que el rey habia sido asesinado, y pidiendo que les entregasen el delincuente. Fernando, postrado como estaba, quiso salir al balcon de su cuarto, pero los médicos le impidieron que hiciera este esfuerzo. Al fin, aunque con gran dificultad, se pudo persuadir al pueblo que el rey vivia aún, y se consiguió que la gente se retirara, con la seguridad de que el reo sufriria el condigno castigo.

Lealtad del pueblo.

La herida del rey, que al principio no parecia de gravedad, fué presentando despues síntomas mas graves: se le encontró fracturado un hueso, del que los cirujanos tuvieron que extraerle una parte. En el séptimo dia su situacion era en extremo crítica. En todo este tiempo la reina estuvo constantemente á su lado, velando dia y noche, y dándole por su mano todas las medicinas. Por fin, cedieron los sínto-

Restablecimiento del rey.

³ Pedro Mátyr, Opus Epist., epist. 125.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 116.—Abarca, Reyes de Aragon, ubi supra.

La famosa campana de Velilla, cuyo milagroso toque anunciaba siempre alguna desgracia para el reino, se oyó sonar al tiempo de este ataque contra

Fernando, y fué la quinta vez que se oyó desde la destruccion del imperio gótico por los moros. La cuarta habia sido con motivo del asesinato del inquisidor Arbues. Todo lo cual está probado por una veintena de testigos fidedignos y cristianos, segun lo refiere el Dr. Dormer en sus discursos varios, pp. 206, 207.

PARTE I. mas mas serios, y ayudado por su robusta constitucion logró restablecerse en términos que á las tres semanas pudo presentarse á la vista de sus súbditos, que se llenaron de extraordinaria alegría: acudieron á los templos á tributar gracias y ofrendas al Todopoderoso; y se cumplieron peregrinaciones, ofrecidas por la salud del rey, por el buen pueblo de Barcelona, andando algunos descalzos, y aun de rodillas, en las ásperas sierras inmediatas á la ciudad.

Castigo del delinciente. El autor del crimen se vió que era un labriego, de edad como de sesenta años, y de la humilde clase de los vasallos de *remenza*, que Fernando pocos años antes habia procurado aliviar de las mas bajas y duras penalidades de la servidumbre. Se descubrió que estaba demente, pues alegaba para justificar su hecho que le pertenecia la corona, la cual esperaba heredar por la muerte de Fernando: prometia, sin embargo, renunciar todos sus derechos si se le ponía en libertad. El rey quiso perdonarle convencido de su enajenacion mental; pero los catalanes, indignados de la mancha que semejante crimen parecia haber causado en su honor, y no dando quizá entero crédito á la excusa de locura, juzgaron necesario lavarla con la muerte del causante, y condenaron á aquel miserable á la terrible pena de los traidores; aunque por la intercesion de la reina se suprimieron los atroces preliminares de semejante pena ⁴.

Vuelta de Colon. En la primavera de 1493, hallándose todavía la corte en Barcelona, se recibieron cartas de Cristóbal Colon, en que anunciaba su vuelta á España y el brillante resultado de su grande empresa con el descu-

⁴ Lucio Marineo, Cosas memorables, fol. 186.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 125, 127, 131.—Zurita, Anales, t. v, fol. 16.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., lugar citado.—Garibay, despues de atormentar la sensibilidad de sus lectores con media columna de atroces crueldades, á que fué condenado aquel miserable, concluye asegurando por via de consuelo: "Pero ahogáronle primero por clemencia y misericordia de la reina." (Compendio, t. II, lib. 19, cap. 1.)

Una carta escrita por Isabel á su confesor Fernando de Talavera, durante la enfermedad de su marido, manifiesta la grande ansiedad de su espíritu, y la de los habitantes de Barcelona, con motivo de la crítica situacion del rey, y suministra abundantes pruebas, si son necesarias, de la ternura de su corazon y de su acendrado amor conyugal. Véase la correspondencia epistolar, en las Memorias de la Academia de la Historia, t. VI, ilustracion 13.

brimiento de tierras al otro lado del Océano occidental. El placer y la admiracion que produjo esta noticia fueron proporcionados á la incredulidad con que su proyecto se habia mirado al principio. Los reyes, llenos de la impaciencia natural de saber la estension y demas circunstancias de aquel extraordinario descubrimiento, enviaron al punto instrucciones al almirante para que se presentase en Barcelona tan luego como hubiera dado orden á los primeros preparativos necesarios para la continuacion de su empresa ⁵.

El gran navegante, despues de un viaje cuyas naturales dificultades se habian aumentado en gran manera por la desconfianza é insubordinacion de su gente, logró descubrir tierra, como es bien sabido, el viérnes 12 de Octubre de 1492. Despues de haber pasado algunos meses reconociendo los hermosos paises que por primera vez se presentaban á la vista de un europeo, se hizo á la vela de vuelta á España en el mes de Enero de 1493. Antes de esto, uno de sus navíos se habia ido á pique, y otro habia desertado, de suerte que se quedó solo para volver á España á traves del grande Atlántico. Despues de un viaje muy tempestuoso, se vió precisado á tomar puerto en el Tajo, con gran sentimiento suyo ⁶. Fué, sin embargo, muy bien recibido por el rey de Portugal D. Juan II, que hizo la justicia debida á las extraordinarias dotes de Colon, bien que no se hubiera aprovecha-

Descubrimiento de las Indias Occidentales.

1492.
12 de Octubre.

⁵ Herrera, Indias Occidentales, dec. 1, lib. 2, capítulo 3.—Muñoz, Historia del Nuevo Mundo, lib. 4, sec. 13, 14. Colon concluía una carta, que dirigió desde Lisboa al tesorero Sanchez, con los siguientes términos de entusiasmo: Celébrese procesiones, háganse fiestas solemnes, lénense los templos de ramas y flores, gócese Cristo en la tierra cual se regocija en los cielos, al ver la próxima salvacion de tantos pueblos entregados hasta ahora á la perdicion. Regocijémonos, así por la exaltacion de la fe, como por el aumento de bienes temporales, de los cuales no solo habrá de participar España sino toda la cristiandad. Véase el primer viaje de Colon, en Na-

varrete, Coleccion de Viajes, tomo I, dec. 1, lib. 2, cap. 2.—Primer viaje de Colon, en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. I.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 39.

El historiador portugués Faria y Sousa parece que vió con disgusto el éxito feliz del viaje, porque advierte incomodado "que el almirante entró en Lisboa lleno de vanagloria y satisfaccion, con el objeto de hacer conocer á Portugal, presentándole las muestras de su descubrimiento, cuán mal habia hecho en no haber aceptado sus proposiciones." Europa Portuguesa, t. II, p. 462, 463.

PARTE I.

do de ellas ⁷. Habiendo descansado allí algunos dias, el almirante continuó su viaje, y atravesando la barra de Saltes entró en la bahía de Palos como á medio dia del 15 de Marzo de 1493, á los siete meses y once dias cabales de su salida de aquel puerto ⁸.

⁷ Mi ilustrado amigo Mr. John Pickering me ha hecho notar un pasaje de cierto autor portugués, que da algunas noticias de la estancia de Colon en Portugal. Este pasaje, que no he visto referido por ningun escritor, es en alto grado interesante, viniendo como viene de persona que obtenia la confianza del rey, y que fué testigo ocular de lo que refiere. "En el año 1493, y dia 6 de Marzo, llegó á Lisboa Cristóbal Colon, que era un italiano que venia del descubrimiento, hecho bajo los auspicios y autoridad de los reyes de Castilla, de las islas de Cipango y Antilla; de cuyas islas traia las primeras muestras, así de los naturales, como del oro y otras cosas que en ellas habia; y él se titulaba almirante de las mismas. El rey, que fué informado inmediatamente de ello, le mandó que viniera á su presencia: y se mostró al parecer resentido é incomodado, ya por la presuncion de que el dicho descubrimiento se habia hecho dentro de los mares y límites de su señorío de Guinea (lo que podria dar lugar á contestaciones), y ya porque el dicho almirante, habiéndose vuelto algo orgulloso con su nuevo estado, y traspasando siempre los límites de la verdad en la relacion de sus aventuras, pintaba esto negocio, en cuanto al oro, plata y riquezas, como mucho mayor de lo que era. En especial el rey se acusaba á sí mismo de negligencia en haber rehusado entrar en esta empresa, cuando Colon vino por

primera vez á solicitar su auxilio, por no haber tenido fe y confianza en ella. Y á pesar de que se instó al rey repetidas veces para que se le hiciera matar en el acto, porque con su muerte no podrian los reyes de Castilla continuar su empresa por falta de persona capaz de llevarla adelante, y á pesar de que esto se podia ejecutar sin la menor sospecha de que el rey tuviera conocimiento de ello (pues que segun lo envanecido y orgulloso que estaba el almirante con su suceso, fácilmente podian ponerle en caso de que su muerte pareciese resultado de su propia indiscrecion); sin embargo, el rey, que era muy temeroso de Dios, no solamente no lo quiso permitir, sino que dispensó al almirante mucha honra y distincion y con esto le despidió." Ruy de Pina, Crónica del rey D. Joao II, cap. 66, apud Collecção de Livros Inéditos de Historia Portugueza (Lisboa, 1790, 93), t. II.

⁸ Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 40, 41.—Charlevoix, Histoire de S. Domingue (Paris, 1730), t. I. pp. 84, 90.—Primer viaje de Colon, en Navarrete, Coleccion de Viajes, t. I.—La Cléde, Hist. de Portugal, t. IV, pp. 53, 58.

Colon se hizo á la vela desde España en viernes, descubrió tierra en viernes, y volvió á entrar en el puerto de Palos en viernes. Estas curiosas coincidencias parece que debian haber bastado para disipar, especialmente entre los marineros americanos, el temor supersticio-

Grande fué la agitacion que hubo en el pequeño pueblo de Palos al ver entrar en su bahía el buque del almirante, para ellos bien conocido. Hacia mucho tiempo que sus desconfiadas imaginaciones le consideraban sepultado en las aguas, porque ademas de los horrores sobrenaturales que veian en aquel viaje, habian tenido el invierno mas tempestuoso y desastroso que hubieran visto nunca los mas ancianos marineros ⁹. Muchos de los habitantes tenian á bordo parientes ó amigos, y acudieron inmediatamente á la playa para asegurarse por sus propios ojos de la verdad de su vuelta. Al verlos nuevamente, con las numerosas pruebas que traian del feliz éxito de su espedicion, prorumpieron en aclamaciones de alegría y parabienes; y luego que Colon saltó en tierra, todo el pueblo acompañó al almirante y á los marineros á la iglesia mayor, en donde se dieron gracias por su venturoso regreso; al mismo tiempo que todas las campanas de la poblacion tocaban á vuelo celebrando tan glorioso acontecimiento. No pudo el almirante detenerse mucho en Palos, porque deseaba vivamente presentarse á los reyes. Tomó pues consigo muestras de los diversos productos de los paises recién descubiertos, y se puso en camino. Acompañábanle varios isleños, vestidos á la manera natural y salvaje de su país, y engalanados, cuando pasaban por las principales ciudades, con collares, brazaletes y otros adornos de oro hechos toscamente: presentaba tambien considerables cantidades del mismo metal en polvo ó en trozos ¹⁰, muchos vegetales estraños llenos de aroma ó de virtudes medicinales, y diferentes especies de cuadrúpedos no conocidos en Europa, y de aves con plumas de mil colores que aumentaban el efecto de aquel lucido espectáculo. La marcha del almirante se encontraba obstruida en todas partes por la multitud de gentes que acudian á contemplar tan estraordinaria vista, y al hombre aun mas estraordinario, que segun la enérgica espresion de aquel tiempo, debilitada despues por el continuo uso, reveló por primera vez la exis-

so, que todavía domina tanto, de emprender un viaje en este dia de mal agüero.

⁹ Primer viaje de Colon, Let. 2.

¹⁰ Muñoz, Hist. del Nuevo Mundo, lib. 4, sec. 14.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 41.

Entre las muestras habia un pedazo de oro tan grande que se pudo hacer de él un copon; "y de este modo (dice Salazar de Mendoza) las primicias de aquellos nuevos dominios se emplearon en usos padosos." Monarquía, pp. 351, 352.

CAP. XVIII.

Alegria con que fué recibido Colon.

Viaje de Colon á Barcelona.